

HORIZONTE

MARÍA IGLESIAS

HORIZONTE



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2023

© María Iglesias, 2023
representada por Ag. Lit. Dos Passos
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6429-3

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 15021-2023

Impreso en España

A Marcos Donas, juntos frente al viento.

*A Sani Ladan, Ana Rosado y Marie Dodo,
inspiradores más allá de páginas.*

«... EL HORIZONTE
SE HA CERRADO.
Y no hay salida».

Vicente Huidobro, *Canción Nueva*

«Nadie ha logrado captar realmente
qué sucede ni por qué.
Tal vez sólo sentimos ausencia de futuro,
porque el presente se ha vuelto
demasiado abrumador
y por tanto se nos ha hecho imposible
imaginar un futuro».

Valeria Luiselli, *Desierto sonoro*

«Cuando era niña, pasaba mis vacaciones
en el norte de Marruecos, en un pequeño pueblo
a la orilla del Mediterráneo. En Tánger,
donde nuestro padre nos llevaba a comer,
nos sentábamos en un café en la parte alta de la ciudad.

Desde allí podíamos ver la costa española,
y mi padre decía: “Mirad qué cerca estamos,
casi podríamos tocarla con la mano”».

Leïla Slimani, *Construir puentes*
El País, 14 de julio de 2019

«El porvenir es ese lugar que todavía no existe,
pero que se configura en el espacio mental».

Felwine Sarr, *Afrotopía*

ÍNDICE

LA BRÚJULA DEL SUEÑO	15
TECHO DE TIERRA	173
ALAS DESPLEGADAS	277
EL PULSO.	349

CONTEXTO GEOGRÁFICO DE *HORIZONTE*



LA BRÚJULA DEL SUEÑO

Sáhara a mediodía. Luz blanca. Sol sobre las dunas. Quemada el aire, la arena abrasa. El viento silva; tenue, constante. Desierto infinito. Parece mar. Parece eterno. Parece quieto. Aunque algo avanza. Lejos. Lento. Paso a paso. Gestos de dolor. Sudor como lágrimas. Cada inspiración hiere.

Los tres van en fila. El primero y el último son de Duala, aunque en Camerún no se conocían. «Ingenuos.», se reprocha Ketu. Es el más menudo y el que camina más enérgico. Va en cabeza. «Nosotros ahí», resopla, «tan felices al salir de Níger. Idiotas».

Jamás sospecharon que el tipo del *jeep* fingiría la avería. Que los haría bajar para dejarlos tirados. Que se fugaría. Un paquete de galletas y cinco litros de agua como único salvavidas. «Agua y galletas», murmura muy bajo. No quiere asustar más a Mahmud y a Ibrahim, su paisano.

Al caer la noche, Ketu busca la Estrella Polar con sus ojos brillantes. La mira ansioso, sin dejar de caminar. Intentan no parar. Siguen. De madrugada hace un frío mortal. Él escruta el enmarañado mapa de galaxias. Pero la inmensa luna es un imán; lo distrae y desorienta.

–Se me cierran los párpados –avisa Ibrahim.

–Y a mí –reconoce Mahmud.

«Debemos continuar», piensa Ketu. No tienen móviles. Si se durmieran, al no contar con ninguna alarma, acabarían congelados.

–Descansemos –concede–, pero sin cerrar los párpados.

Ketu se sienta, los otros se tumban. Él mira a la luna.

–Alá mío, protégenos –susurra con más fe que nunca.

De pronto, ve a su madre rezando bajo la misma luna en este preciso instante.

–¿Estás ahí, mamá? –duda.

Su cuerpo, siempre delgado, se estremece ahora, frágil, casi una pluma entre el arenal y el cielo inabarcables.

–¿Me escuchas, madre? –bisbisea–. No me dejes morir, ayúdame –suplica–. No debí huir. ¡Encima sin avisarte! Me arrepiento, me arrepiento, lo siento tanto... Ojalá pudiera volver en un abrir y cerrar de ojos. Pero, mírame, estoy atrapado. Aunque pida socorro como un loco, aquí nadie nos oye. –Observa a su alrededor–. No queda más que aguantar, aguantar y seguir hasta salir del infierno. Mamá, acuérdate de mí. Yo te noto aquí conmigo. Veo tu cara en la luna. Tus ojos en sus cráteres. No me dejes, por favor. Mamá, por dios, sálvame...

–¿Con quién hablas, tío? ¿Se te va la olla? –preguntan a su lado.

–No, Mahmud. Yo... pienso en mi madre. Ella sabe de constelaciones. Mil veces intentó enseñarme. Señalaba la Osa Mayor, la Osa Menor... Yo no prestaba atención, pasaba. Si ahora recordara cuál es la Estrella Polar, nos guiaría al norte y llegaríamos a Libia o a Argelia.

–¡Estrellas! –resopla Mahmud–. ¡Hay más que granos de arena!

La fina capa dorada se ahueca bajo los cuerpos. Ketu sin darse cuenta acaba recostado. Así, con los ojos junto a la línea del suelo, ve una bruma avanzar sobre el desierto.

Serpentea. Los alcanza. Ketu parpadea. Parece un puente. Transparente. ¿De dónde surge? ¿Cómo es que...? Adelanta la mano, intenta tocarlo. ¿Es un espejismo? «¡Me he dormido!», entiende. Quiere despertar.

«¡En pie!», se ordena.

La pasarela empieza a desvanecerse.

«¡Ya!», insiste, angustiado.

Abre los ojos al fin. Ve la realidad. Jadea. No reconoce el desierto. Las dunas han cambiado. Tiembla de frío y pánico. Sus amigos están quietos. Ojos cerrados. Los llama. Los zarandea.

–Sí, voy, voy –responde sobresaltado Ibrahim.

–Menos mal, hermano –resopla Mahmud, aliviado.

Se miran recién despiertos, llenos de vértigo.

Con los huesos entumecidos, los tres van encadenando pasos. Sin dirección, sin dejar huella. Cruzan el amanecer y siguen todo el día. Asfixiante, sin salida. Como si faltara oxígeno a pleno cielo abierto, cuando lo que falta es agua y alimento. Ni gota, ni migaja. Aun así, sorben de las botellas sedientos.

–Vamos a morir aquí, Dios, moriremos. Nadie lo sabrá siquiera –se horroriza Ketu.

Pero se manda callar.

«No pares. Un paso, otro, otro más. Dame fuerza, Alá».

Cada leve sonido atruena: las pisadas en la arena, el aire al entrar y salir por las fosas nasales, el pulso de la sangre.

Día y noche se suceden de nuevo. Esta vez sin que ellos paren ni un momento. El desierto nunca se acaba.

Tras otra madrugada, un nuevo sol achicharra. Hasta el silencio zumba. Hipnotiza. Mezclado con hambre y sed, marea. Ketu va el primero cuando oye el desplome de un cuerpo.

–¡Ibrahim! –grita Mahmud.

–¡Ibrahim! –repite él como un eco.

Los dos sacuden al compañero, sin lograr que reaccione. Pasan los brazos del chico sobre sus hombros para seguir con él a cuestas. Pero se escurre, cuelga, le arrastran las piernas. Sudan, empapados. Respiran con la boca abierta. Al poco, Mahmud tropieza, cae y tira con él a Ibrahim. Agotado y resoplando, Mahmud no se libra del fardo, mantiene su abrazo, aunque gime porque la arena ardiente le escuece. No implora a Ketu. No lo mira, lo evita. Ketu podría seguir. Debería.

–¡Vamos, Mahmud! –intenta levantarlos.

Pesan tanto... Sigue tirando. Al fin parece que... Nada, imposible. Duda si continuar. De hecho, da dos pasos. Pero vuelve. Aprieta el hombro de Mahmud y con una fuerza que no creía que le quedara tira de su axila hacia arriba hasta que logra poner a los dos en pie. Con Ibrahim entre ellos, se quedan derechos, muy quietos, como apuntalados los unos en los otros. Ketu aúpa como puede la mochila espalda arriba para proteger con ella las cabezas de los tres. De esa forma insólita, absurda, aguardan, atentos al ínfimo aliento de Ibrahim, mientras el sol continúa alto. En cuanto les parece que comienza a descender, intentan retomar la marcha, pero el compañero sigue en *shock*, y a ellos, las piernas, entumecidas, les fallan. Tras dos, cinco, siete pasos caen de nuevo. Intentan incorporarse hincando las rodillas en la duna aún ardiente.

–Insignificantes... –resopla Ketu. «Hormigas», piensa.

No gritan como posesos ni se rebelan en vano. No lloran, deshidratados. Pero Ketu nota dentro, en el vientre y el pecho, la fuerza de un tornado.

–¡Somos humanos! –Da un puñetazo en la arena.

Ve imágenes como relámpagos: sus dudas frente a la casa, el último beso a la madre que no sabía nada, la rabia

por la beca que ganó pero que le robaron, la vida que se prometía...

Impotentes, estiran la poca ropa de sus bolsas para no tenderse en las brasas a pura piel. Ibrahim queda en medio de ambos, casi inerte.

Ketu nota el suelo al recibirlo, la brisa arriba. Bajo los párpados, en las cuencas negras, flotan motas violetas y amarillas. Primero anárquicas, a saltos. Luego, siguiendo un patrón, como formando algo. Es una culebra traslúcida; irreal en su aspecto, pero fuerte. Se le enrosca a la muñeca y lo arrastra. Largo tiempo por la arena, luego sobre el mar. No hay fricción, tampoco dolor. Vuela. Llega a la orilla opuesta. La mueca es de alivio cuando Ketu se entrega.

Los tres, como muertos o rocas, son cubiertos de velos por el viento. Capas finas, sucesivas, conforme la luz declina. El tiempo transcurre, el paisaje muta. No parece haber más. No parece haber. Nada. El sol, ya muy naranja, se infla cuando llega, acelerado, al último tramo. Toca el horizonte y enrojece sobre una franja azul muy añil. El ocaso está en su cénit.

Hasta que ahí, al contraluz, se recorta una caravana tuareg. Avanza, se acerca y al fin se detiene junto a las tres siluetas. Unos jinetes desmontan. Cavan tres o cuatro paletadas y abren una tapa, la del brocal de un pozo camuflado. Atan la cuerda al bocado del camello más alto y lanzan el cubo atado al otro extremo al agujero, muy hondo, profundo. Uno de los hombres sube al animal y se aleja. Casi desaparecen. Sólo entonces, del pozo oculto sale el balde a rebotar de agua. Derraman parte en un cuenco. Lanzan el resto a los cuerpos. Una bofetada líquida. Ketu y Mahmud convulsionan. Ibrahim, no. A ellos dos les llevan por turnos el bol a los labios. El regusto a madera mojada les empapa la lengua, la boca y la garganta.

–Los tuaregs nos resucitaron –contará Ketu–. Pero dejamos a Ibrahim atrás. Como una duna, cada vez más lejana, que iba menguando... Pude ser yo. Hay tantos allí enterrados... Él era de mi Duala, de un barrio cercano. Sus padres estarán a la espera de que un día los llame. Seguirán siempre esperando. Pero ¿cómo podría yo avisarlos? Deberíamos habernos dicho los apellidos. Teníamos dieciséis años. No íbamos a morirnos.

El mar huele a menta en Tánger; a menta y kif. Colgados de la terraza del histórico café Hafa, decenas de chavales fantasean con su travesía por el Estrecho antes de lanzarse. Como tantos ya lo hicieron. Incontables. Planean día y hora, contacto, forma de pago. Hay también soñadores que son adultos sensatos. Cabezas de familia responsables. Hombres, algunas mujeres, que temen perder la última patera. Unos y otras desembocan en el Hafa entre turistas émulos de Bowles, los Rolling o Kerouac. Al módico precio del té con hierbabuena, algunos con el hachís traído de casa o comprado bajo cuerda al vendedor de pistachos sentado en la entrada, los tangerinos se embriagan de la vida azul, prometida, alcanzable, que se les niega en casa. Con un golpe de suerte, habrían nacido enfrente. Yassin los mira. No disimula. Ni cuenta se dan, absortos en el mar. La vista marítima es imponente. Pero ellos lo son más. ¡Qué prodigio de esperanza! Ahí están, titilantes, las llamas que ni miles de naufragios consiguen apagar. Algunos sobreviven. Eso basta. Yassin casi ve, en sus iris oscuros, sus vidas soñadas.

–Perdona el retraso –lo sobresalta Estrella, que llega acelerada.

–Tranquila. ¿Té? –Avisa él al camarero levantando la mano.

Ella le cuenta, nerviosa, entusiasmada, lo felices que están los clientes de su última reforma. Tanto que la han recomendado a un matrimonio amigo, le dice, recogién-dose el rubio flequillo, y éstos la han llamado sobre la mar-cha cuando ya venía con retraso. Por eso llega con tanto ímpetu y sin aliento.

«Demasiada euforia en la *cornisa de los frustrados*», piensa Yassin.

No puede evitarlo ante esa estampa de jóvenes que fuman y esperan en los bancales encalados entre vigorosas matas de cintas y geranios. No puede evitarlo esa tarde, después de que su amigo Hassan lo haya llamado desde Rabat para contarle que le han dado un toque en el trabajo por culpa de un comentario crítico en una red social a cuenta del inmenso parque eólico propiedad del rey. Él mismo ha sentido miedo de que los estuvieran escuchando, miedo de que Hassan tenga pinchado el teléfono.

En este contexto, la felicidad de Estrella está fuera de lugar. La siente como un agravio. Aunque ninguno de los presentes le reprocharía nada si ella, de pronto, se levantara y, cual hipnótica cuentacuentos de la Jemaa El-Fna, narrara la prodigiosa migración en sentido contrario que, como arquitecta, la salvó del paro.

«Los blancos tienen derecho a probar suerte donde quieran», se oye Yassin pensar. Eso lo solivianta.

–No te gustan mis clientes –lee ella en sus ojos rebeldes.

–No es eso. Es que... ¿ves justo que franceses o ingleses rehabiliten joyas de la medina por calderilla? ¿Que ocupen casas donde malvivían modestas familias a las que se les deshacían como azucarillos humedecidos?

–Te enfada.

–Es humillante. Como su impotencia. –Mira a los muchachos–. La mía. La nuestra.

Calla, fijo en ellos. Se acaricia la pulida barba.

–Eh, no seas injusto. Tú y tu equipo impulsáis grandes proyectos. Vosotros levantasteis el nuevo puerto, y gracias a él se han disparado el turismo y el comercio.

Yassin ya sabe que es un privilegiado: ingeniero en un país con una cuarta parte de la población iletrada, con un veinte por ciento de licenciados en paro.

–Eso no quita nuestro estancamiento, nuestro sometimiento, porque Francia, Europa...

–¿Europa también soy yo? –lo interroga Estrella.

–Madrid y España son Europa –constata él.

La mira, tratando de aferrarse a lo que le gustó de ella, su espíritu independiente, su amor por la belleza, ese atractivo propio –melena clara, esbelto cuerpo sin curvas– que sólo él sabe cuánto le recuerda a aquella cría extranjera, francesa o belga, que veraneó frente a la casa de su tía Houria en Alhucemas cuando ambos tenían nueve o diez años.

Estrella también lo mira, pensativa. Lamenta que él no la comprenda. Bendice el día que vino a Tánger a buscar-se la vida. Bendice poder restaurar casas de la medina. Bendice la elegancia de los minaretes, el panorama espectacular de esas torres vigía. Aquí se ha salvado, lo admite. Podría estar sirviendo cervezas en *pubs* de Berlín, Londres o Dublín.

–Te parece mal que compita con arquitectos marroquíes.

A Yassin le pesa que insista.

–Aquí no podemos competir. El umbral del Estrecho es unidireccional.

Entre los dos, las palabras se quedan fondeadas por un ancla invisible.

Estrella observa, a la espalda de Yassin, cómo se funden las olas atlánticas y mediterráneas en vetas celestes, turquesas y azul profundo. Tras la cara contrariada de ella, él ve los bultos desdibujados de todos los muchachos, aún esperando.

«La duda es: ¿hasta cuándo?».

Carmen arranca el coche. Su cita en Córdoba la intriga. Piensa sobre ello en ese trayecto Tarifa-Algeciras que, cuando empezó a conducir, años atrás, tanto le imponía. Un carril por sentido, curvas cerradas, tráfico demencial al borde del acantilado. Los conductores pisan tan poco el freno hoy como antaño, ya sean locales o turistas, desde surferos de furgoneta a millonarios en bólidos de cristales tintados. Son frecuentes, aunque parezcan de película, las persecuciones de narcos por parte de la Guardia Civil o la Policía. Seguidos, a menudo, de periodistas a la caza de la noticia. Y ahí va ella, una más entre la fauna campogibaltareña. No ha superado del todo la inseguridad, la tensión. Siente todavía la descarga de adrenalina, pero ahora baja la ventanilla, sube la música e inspira el viento de sal. Es capaz de disfrutar del Estrecho y de esas vistas de África, ahí enfrente, casi alcanzables. A Luca lo deslumbraron. «Este sitio es único», decía. Le jode reconocerlo, pero fue su fascinación lo que le enseñó a admirar su horizonte natural.

Si ahora lo tuviera al lado, sentado de copiloto, le contaría lo de las porteadoras. Ha hecho tantas entrevistas a esas mujeres usadas como mulas de carga en las aduanas de Ceuta y Melilla que hoy se le aparecen decenas de caras sobrepresionadas en el asfalto. Jóvenes y arrugadas,

las bocas abiertas y jadeantes, los mechones sudados escapando del pañuelo a la altura de las sienes o la nuca, las espaldas encorvadas de sus cuerpos-alcayatas. Revive el día de la estampida, los gritos de horror y las preguntas: «¿Qué es?», «¿Qué pasa?». El miedo inoculado a los atentados. Sólo que ahí, en la frontera, el crimen es de Estado. «¡Lamyá!, ¡Lamyá!», lloraban las paisanas de la pobre mujer que murió asfixiada por sus compañeras, sin intención, sólo porque llevaban horas aplastadas unas contra otras para cruzar con cuanta mercancía fueran capaces de cargar. «¡Lamyá!, ¡Lamyá!», fue una onda expansiva entre parientes, amigas, conocidas. La información volaba en jirones por la explanada del polígono donde recogían el material: datos del marido infartado sin trabajo, los tres hijos y dos sobrinos al cargo, de la hermana pequeña, la que había intentado irse en una patera que agentes de la Marina Real marroquí acabaron acribillando.

–Luca, no te lo vas a creer –le diría si ahora mismo acabara de recogerlo del aeropuerto–: se ha acabado el porteo.

Imagina la alegría con que la miraría.

–Pero no es ningún éxito nuestro –le aclararía–. Los dos gobiernos andan negociando algo. Es un pulso entre ellos.

Mientras inventa esa conversación, duda: «¿Piensas en esto o en mí alguna vez, tío?». Y lo ve salir de su piso en Trieste, subir a la bicicleta y pasar frente al Molo Audace, donde la asomó al Adriático como regalándoselo.

–El caso es que se acabó. –Sacude la cabeza–. Han prohibido que pasen cargadas hasta las trancas. Así que, ¿sabes qué hacen?, ¡se han vuelto estraperlistas! ¡Se pegan el género a la piel en capas! Una y otra y otra más debajo de las chilabas. Se fingen gordas, tanto que casi se quedan

empaladas en las aspas de la aduana. Pero este contrabando es peor, aún más mísero que el de antes. ¡No da para comer! Así que añoran la carga previa. Echan de menos el maldito fardo como un miembro amputado. Por eso me pregunto: ¿acaso nos equivocamos denunciándolo?

Mira al otro asiento de soslayo.

—¡Joder, di algo! —le recrimina.

Casi casi lo ve, transparente, dormido y con la boca entreabierta.

Acordaron hacer tándem. Desde aquel encuentro en Trieste donde se conocieron, y luego, cuando él vino poco después de Italia, hablaron del proyecto. Luca fue quien, como terapeuta, propuso la idea. La salud mental en la frontera, más bien la devastación psicológica de los inmigrantes y trabajadores transfronterizos, era un terreno virgen. Se podía dar mucho y buen servicio. Juntos prepararon el dossier y buscaron financiación y cooperación con entidades y administración. No se concretó nada, cierto.

«Pero ¿qué se logra sin esfuerzo?».

Carmen alza las cejas, pero no porque el sol de frente la moleste, sino porque tiene la respuesta. La ha llevado dentro nueve meses, y también otros dos años largos en silencio.

Intentó avisarlo desde la primera falta. Él llevaba poco de vuelta en Trieste.

«Luca, llámame, ha pasado algo importante».

Entonces recibió excusas y retrasos, todo vía mensaje. La obligó a insistir.

«Luca, por favor, es urgente. Te lo pido, llámame».

Hace mucho que dejó de inventar la conversación en que se lo contaba todo. Prefiere evocarlo como al Luca de antes. Ya no se pregunta por qué desapareció. Tampoco se arrepiente. Decidió sola y tiró adelante. Al niño se lo dirá

en su momento, cuando pueda entenderlo. Afrontará las consecuencias. Sabe que Luca padre sigue bien por su cumplidora felicitación navideña. La borra en cuanto llega. Nunca contesta. No tiene tiempo ni energía para tonterías.

Lo de las porteadoras la llevó a Ceuta dos semanas atrás. Tenía que comprobarlo en persona. Marta, la hermana Marta de la asociación Oasis, la recogió en el puerto y la acompañó hasta el paso aduanero. Después de echar la mañana hablando con marroquíes desesperadas por el cambio normativo, Marta la condujo en su coche a las afueras, a fotografiar y documentar el recrecimiento de la valla fronteriza coronada por las célebres concertinas, todo alambres y cuchillas. No esperaba el efecto acumulativo de aquellos dos golpes seguidos.

–Pero ¿esto qué es? –soltó ante la inexpugnable jaula.

Marta tuvo que agarrarla, porque se le bajó la tensión, se mareó.

–Nada de lo que hacemos sirve, Marta –dijo en cuanto se repuso–. Nada sirve para nada –repitió, abrumada.

Sabía que esa actitud no era de ninguna ayuda, sino un desahogo de chiquilla. Que, si ella se sentía frustrada, más lo estaría la monja que llevaba treinta años asistiendo a los inmigrantes. Pero no podía evitarlo. Marta también reaccionó por impulso cuando para animarla le dijo:

–Tú tienes que conocer a Ketu Simo.

Lo dijo con una convicción apabullante, limitándose a enunciar, sin detalles, que era un joven camerunés vivo de milagro que había cruzado el Tarajal a nado.

–Ve a Córdoba, siéntate con él, escúchalo –le insistió en el secarral donde estaban–. Yo le he pedido que me ayude a reorientar Oasis, que sea nuestro vicepresidente.

Carmen repasa todo aquello porque es la causa de que ahora conduzca hacia Córdoba. Marta lleva luchando

por los derechos humanos desde que ella sólo hacía garabatos en el colegio. Una palabra suya basta. Pero, además, aquel día, ya en el ferri Ceuta-Algeciras, buscó en internet quién era el tal Ketu Simo y encontró vídeos. El más reproducido consistía en un extracto de dos minutos de su participación en una mesa redonda. Su cara le sonó. Era un veinteañero de ojos grandes, con barba y bigote cortos; un chaval guapo con el que, sin duda, se había cruzado. Llevaba una camisa blanca de cuello mao con pespunte dorados y una gargantilla con un colgante de la silueta de África. Su lenguaje no verbal, lleno de seguridad, impresionaba. Pero lo definitivo era la convicción con la que hablaba:

–No hay que dar voz a África, África tiene voz propia.

En el primer plano, se notaba que miraba a los ojos de la gente en la sala.

–Por una vez en la historia, escuchad.

Ahí viró a cámara, clavó en ella sus pupilas y la dejó impactada:

–Si las vidas que se ahogan en el Mediterráneo fueran de europeos de piel clara en vez de africanos, no se permitirían los naufragios. ¡Si los ahogados fueran blancos y no negros, el mundo entero iba a temblar!

En sus seis años trabajando con inmigrantes jamás había escuchado tal rotundidad.

Igual que también es insólito estar yendo a buscarlo a la universidad privada Recalde, donde él ahora estudia segundo de Relaciones Internacionales.